

Tiempos de crianza. Representaciones sociales a propósito de la distribución de los tiempos de cuidado en el seno de las familias valencianas

Parenting time and styles. Social representations on the distribution of caring time within Valencian families

Arantxa Grau i Muñoz
Universidad de Valencia

Resumen

En muchos de los países europeos, ni los estados, ni los mercados parecen asumir su responsabilidad en la sostenibilidad de la vida y la crianza sigue constituyendo, todavía hoy, una responsabilidad privada. Cuando asumimos una epistemología feminista, esta realidad nos conduce necesariamente a plantearnos qué papel juega el género como elemento organizador de las responsabilidades del cuidado en las familias actuales. Con este objetivo, se ha llevado a cabo una investigación cualitativa sobre los usos y las responsabilidades, a propósito de los tiempos de crianza, que hombres y mujeres coformadores de familias biparentales valencianas (españolas) están asumiendo. Esta exploración nos ha permitido mapear posicionamientos genéricamente desequilibrados, pero también nuevas propuestas de relaciones de crianza.

Palabras clave

Género, crianza, tiempo, Valencia.

Abstract

In many European countries, neither States nor markets seem to assume their responsibility for the sustainability of life, and parenting and care relationships remains, even today, a private responsibility. When we assume a feminist epistemology, this reality leads us necessarily to ask what role gender plays as an organizing element of current family care arrangements. With this aim, qualitative research has been conducted on parenting responsibilities and distribution of caring time between men and women who form biparental families in Valencia (Spain). Such an exploration has allowed us to map generically unbalanced positions, but also new proposals for organizing parenting and care relationships.

Keywords

Gender, parenting and care work, time, Valencia.

*El tiempo es un recurso escaso
que cada persona emplea de modo diferente,
pero se trata de conocer si esta diferencia es voluntaria u obligada
y si hay perspectiva de cambio para el futuro.*
María de los Ángeles Durán (2010: 15)

Introducción

La labor de cuidados es por definición una labor relacional. La crianza como función social compromete, en nuestras sociedades contemporáneas, a un número identificativo de adultos y adultas en el bienestar de las y los menores:¹ madres, padres, hermana/os mayores, abuelo/as, tíos/as y amigos/as íntimos orientan sus esfuerzos, en reclamo de imperativos legos y públicos, a garantizar las necesidades de las criaturas.

Posicionarnos en marcos teóricos que implican a la familia en las configuraciones de la crianza, de las crianzas, no es un tema baladí. Situar la crianza en los escenarios de la vida familiar supone excluir otros contextos donde el cuidado y la socialización temprana de niños y niñas se llevan también a cabo, para aceptar que las crianzas se dan primordialmente en los espacios familiares (Brullet i Roca, 2008).

Pero no sólo eso. Desde una perspectiva feminista de aproximación a la realidad social, querer indagar sobre la crianza desde una dimensión familiar implica interrogarnos a propósito de su distribución genérica.² ¿Quién está asumiendo la crianza en las familias actuales? ¿En perjuicio de qué? ¿Cómo se distribuyen los tiempos de cuidado? ¿Son estos repartos equitativos?

Tal y como reza la cita de Durán con la que se ha introducido este texto, nuestro compromiso no puede quedar reducido a abordar el cuidado, sino que debe estar destinado a esclarecer las desigualdades sobre las que se abate esta práctica social, y para ello no resulta suficiente con determinar los márgenes diferenciales que delimitan los tiempos dedicados, por hombres y mujeres, a la crianza; la cuestión radica en preguntarnos

¹ Lo que diferencia a las sociedades del sur, como la española, nos dirá Naldini (citado en Moreno 2006) es la impronta de un supuesto modelo de “solidaridad familiar y de parentela”, un contrato solidario que deviene uno de los rasgos singulares de los sistemas mediterráneos.

² Se usa el adjetivo “genérico” como relativo a género y no como sinónimo de general.

si estas diferencias son voluntarias u obligadas y sobre todo, si se dan las condiciones necesarias para un posible cambio en estas distribuciones.

El cuidado es aceptado como una emoción humana fundamental, necesaria, e incluso, según el caso, placentera. El cuidado aporta bienestar a la sociedad y resulta una experiencia humana imperativa: todos los seres humanos necesitamos, en uno u otro momento de nuestra vida de manera más o menos intensa, ser cuidados o cuidadas por otro(s) ser(es). La sostenibilidad de la vida, como argumenta Amaia Pérez Orozco (2006), debe constituir entonces una de las preocupaciones fundamentales de los estados contemporáneos.

En el Estado Español, la Ley Orgánica 3/2007 del 22 de marzo por la igualdad efectiva de hombres y mujeres, propone medidas para favorecer la denominada conciliación de la vida personal, familiar y laboral, con el objetivo manifiesto de reducir las desigualdades en cuanto a las posibilidades y oportunidades que hombres y mujeres tienen, en la sociedad actual, de vivir la vida que quieran.

Sin embargo, las políticas de conciliación promovidas por esta Ley, al igual que otras tantas europeas, se han visto colocadas bajo sospecha por las analistas feministas, que denuncian las limitaciones propias de unas medidas acotadas a periodos temporales de carácter excepcional —concretamente a la primera crianza— (Torns, 2011) cuando el cuidar o el ser cuidado/a no puede ser entendido como práctica puntual; así como la tendencia a convertir dichas regulaciones en propuestas destinadas a las mujeres (Aguilera, 2007; Torns, 2007; Carrasco, 2009). Las políticas de conciliación parecen ser “cosa de mujeres”, porque el cuidado continúa comprendiéndose, desde un orden de género androcéntrico, como tarea femenina.

Esto es, aun tratándose de una necesidad que podemos considerar universal, parece que el cuidado como práctica interdependiente se ve determinada por una construcción genérica que compromete, todavía en la actualidad, una presencia feminizada: “it is the presence of a woman —as wife, mother, daughter, neighbour, friend— which marks out a relationship as, potentially at least, a caring one” (Finch and Groves, 1983: 25).

Dicho de otro modo, a pesar de constituir una necesidad individual y social de primer orden, la labor de atención a los otros/las otras es desarrollada, en términos generales, por mujeres que se sitúan y son situadas en posiciones de género feminizadas; la crianza como cuidado destinado a niños y niñas no constituye, ni mucho menos, una excepción.

Pero además, el trabajo de cuidado, en este caso de seres menores de edad, es adscrito a las mujeres dentro de un marco de relaciones de subordinación, donde la disponibilidad femenina para procurar el bienestar cotidiano y la indulgencia para posibilitar la actividad laboral masculina resulta incontestable. O para decirlo en términos contrarios, se trata de tareas donde la ausencia masculina concuerdan con un amplio consenso y prestigio social (Torns 2008, Singly 2000).

Que podamos hoy discutir y aceptar el cuidado, la crianza, como tarea que exige un tiempo de dedicación y no sólo como deseo o adscripción identitaria femenina, en última instancia, que podamos construir la crianza como objeto de estudio problematizable, revisable en foros como éste, es el resultado de una larga tradición, no sólo teórica sino también empírica, que ha escrutado al trabajo bajo la lente de las perspectivas de género.

Tal y como advierte Teresa Torns (2008), una de las sociólogas que han contribuido a este debate, la ruptura epistemológica de la categoría de trabajo acaecida en las ciencias sociales a finales de los ochenta, dio lugar a una reformulación que aceptó el trabajo/los trabajos de las mujeres dentro de ese epígrafe. Desde este prisma de abordaje del conocimiento, el trabajo abandonaba la concepción de actividad regulada por el mercado laboral, para acoger también aquellas tareas desarrolladas en el ámbito doméstico y orientadas al mantenimiento del hogar y al cuidado de las personas dependientes.

De acuerdo a lo expuesto con anterioridad, consideramos que resulta ineludible referirnos a la labor de crianza como trabajo de cuidados. Un trabajo destinado a la sostenibilidad de la vida de otros seres (Létablier, 2007); un trabajo que se lleva a cabo en unos marcos especiales, pero que no deja de suponer una dedicación de esfuerzos con miras a garantizar el bienestar de las criaturas.

Cierto es que, tal y como sugieren Finch y Groves (1983), reconocer que la crianza implica simultáneamente una dimensión material (hacerse cargo de alguien) y una dimensión sentimental (implicándose emocionalmente), envuelve a los cuidados de menores en un halo distintivo en cuanto a experiencia humana y práctica social. Ahora bien, cobijadas por este paraguas simbólico, corremos el riesgo nada fortuito de darle forma a un constructo de crianza auspiciado en el amor incondicional de los padres, pero sobre todo de las madres, y en el altruismo desinteresado y sacrificado de la crianza.

Sin negar el material singular del que se nutre la labor de crianza, parece necesario huir de la idealización de las connotaciones afectivas que se le presuponen, una construcción social que ha contribuido a minusvalorar los esfuerzos que exige el trabajo de cuidadora. Cabe entonces cuestionar el carácter placentero que se le presupone *a priori* a la crianza, y escapar del pudor que genera llamar a la crianza de hijas e hijos trabajo: el amor es también una dedicación.

A lo que nos referiremos en este análisis es —por citar la obra de Finch y Groves (1983)— una *labour of love*, el trabajo de amor que dedican las familias de dos miembros rotulados, por elegir la formulación de Lamas (1986), como hombre y mujer,³ *criadores* de menores de seis meses.

¿Cómo se está reorganizando la satisfacción de las necesidades de cuidados en el contexto actual? Se pregunta Pérez Orozco (2006). ¿Qué papel juega el género como elemento organizador de las responsabilidades a propósito de dichos trabajos?

La reorganización de los cuidados debe proyectarse, asevera Létablier (2007), en dos planos distintos: a nivel macro, esto es, en lo que se refiere al engranaje entre el estado, la familia, el mercado y la sociedad civil; y a nivel micro, dentro de la familia y entre sus miembros, especialmente entre los hombres y las mujeres. Ambos planos deben imbricarse articuladamente para que el cambio sea posible.

³ Se excluyeron de la muestra familias monomarentales y familias monoparentales, así como familias de parejas del mismo sexo, dado que el objeto de investigación contempla como eje principal el análisis, desde la perspectiva de género, de las cosmovisiones y las representaciones construidas alrededor de la crianza como proyecto de pareja, así como del anclaje o desanclaje del cuidado respecto a los modelos tradicionales de distribución de los trabajos.

A nivel macro, y dado que nos sumamos a la propuesta de Raewyn Connell (1990) de entender el orden mundial e incluso los estados, como coparticipantes de las configuraciones de determinadas relaciones de género, en un momento histórico de lógicas que apuntan a lo que Beck y Beck-Gersheim (2003) han nombrado como procesos de individualización, pareciera lógico que el modelo previo de reparto de cuidados se resquebrajase.

La dimensión de relaciones producción-consumo que Connell (1995; 2009) identifica en los órdenes y regímenes de género y que en el contrato androcéntrico se sustentaría en una férrea división sexual del trabajo, aparece como un contrato caduco. Una distribución, como señala Pérez Orozco (2006), que por otro lado opera a nivel macrosocial como base donde se asienta la estructura del mercado laboral y el Estado de Bienestar.

Sin embargo, ni los estados ni los mercados están asumiendo su responsabilidad en el mantenimiento de la vida (Flaquer, 1999; Carrasco, 2009), lo cual no resulta nada alentador para el cambio de las estructuras. Esto es, tal y como apunta Pérez Orozco, el modelo de redistribución de los cuidados

[...] está cerrándose actualmente de forma no sólo insuficiente y precarizadora, sino reaccionaria, en la medida que se basa en los mismos ejes de desigualdad social e invisibilidad de trabajos y agentes sociales que presentaba el modelo de partida (...) en gran medida, el reparto histórico de los trabajos de cuidados ha estado asociado a las relaciones de poder de género, así, tanto los fenómenos de desequilibrio como de reequilibrio están profundamente marcados por el género. (Pérez Orozco, 2006: 10-11)

Con todo, y siendo muy conscientes que este escenario que presenta la autora no parece entablar el diálogo necesario para el cambio en las relaciones de género a nivel macro, ni tampoco a nivel micro, nos sumamos a un posicionamiento que acepta el género como práctica creativa y contingente, y que le reserva al sujeto un papel activo como agente configurador de relaciones de género (Connell, 1995; 2009).

Desde esta postura, entendemos que la exploración de la distribución de los cuidados, a nivel micro-relacional, ofrece información sobre

las transformaciones y persistencias del modelo tradicional de crianza, un modelo de asunción del cuidado que descansa en la oposición entre la sobreimplicación femenina de tiempos intensivos y la falta de implicación masculina traducida en tiempos residuales.

En otras palabras, nos centramos aquí en el análisis del plano micro, familiar, al que se refiere Létablier (2007), para interrogarnos a propósito de nuevas relaciones de género en la crianza. Una propuesta que nos puede ayudar a sacar a la luz formas creativas de organización de los cuidados que interpelen esa supuesta homogeneidad del modelo dicotómico tradicional, una homogeneidad apoyada en un supuesto de leite e interés de las mujeres por el cuidado imbricado en el desinterés de los hombres por la crianza.

Lo que presentaremos en el análisis, es una caracterización sobre los usos y las responsabilidades a propósito de los tiempos de crianza que hombres y mujeres coformadores de familias biparentales están asumiendo. Una exploración que nos permitirá identificar desequilibrios, pero también nuevas propuestas de relaciones de crianza.

Metodología

Las encuestas del uso/empleo del tiempo han demostrado, con evidencia empírica, el desigual uso de los tiempos por parte de hombres y mujeres así como la sobrecarga de las mujeres, referente a los tiempos de mantenimiento del hogar y de cuidados. María Ángeles Durán fue precursora en España de este tipo de investigaciones, iniciando una trayectoria analítica que ha servido a los estudios feministas para evidenciar una dimensión de la atención a los otros/las otras, la del tiempo que, por un lado, ofrece una información más ajustada sobre las desigualdades que operan en las relaciones genéricas del cuidado; por otro lado, pone en entredicho el abordaje clásico del cuidado que atiende a las tareas, a las actividades de cura y que enmascara unas distribuciones de la atención a otras personas menos equitativas de lo que aparentemente muestra dicha perspectiva de análisis.

Sabiéndonos deudoras de esta tradición, en nuestro estudio, si bien hemos indagado en los tiempos de cuidado, lo hemos hecho desde

una metodología cualitativa, priorizando una técnica dialógica como es el grupo de discusión a la encuesta cuantitativa. Nuestra decisión metodológica responde a una cuestión teórico-epistemológica fundamental: entendemos tanto la crianza como el género como prácticas sociales interactivas que, en una investigación profunda de las dinámicas familiares de dos adultos cuidadores rotulados como hombre y mujer, estos deben ser analizados desde un posicionamiento y a partir de una metodología que permita su abordaje relacional. En otras palabras, partimos de que el “yo cuidadora”, el “yo cuidador” no es entendible, comprensible, sin el otro cuidador, la otra cuidadora.

Por lo tanto, lo que se pretendió con la aproximación a la realidad a partir de grupos de discusión, fue hacer emerger un discurso con base en los usos de los tiempos de crianza familiares, con la finalidad de construir un mapa de posicionamientos de género a propósito del cuidado en el seno de las familias valencianas.

Se realizaron cinco grupos de discusión (GM1, GM2, GM3, GM4 y GM5) con mujeres autóctonas de Valencia (España), madres de niños/as menores de seis meses, de clase media, conformadoras de familias biparentales y que se definían a sí mismas como mujeres con ocupación laboral. Todas ellas disfrutaban del permiso por maternidad en el momento de la realización de los grupos.

Se realizaron también tres grupos de discusión (GP1, GP2 y GP3) con hombres autóctonos de Valencia (España), padres de niños/as menores de seis meses de clase media, conformadores de familias biparentales y que se definían a sí mismos como hombres con ocupación laboral.

La captación de las participantes en el estudio se hizo a partir de las matronas de atención primaria de los centros públicos de salud de Valencia y a través de redes de proximidad de la investigadora principal del estudio. La captación de los participantes se llevó a cabo a partir del contacto primero con las mujeres y a partir de las redes de proximidad del equipo investigador.

Se dieron casos en los que los dos miembros de la pareja participaron en los distintos grupos, pero dada la dificultad con la que se encontró el equipo de investigación para convocar a hombres que participaran en

los grupos sobre paternidad, esta pretensión no pudo ser cumplida. Las dinámicas con mujeres fueron dinamizadas por una mujer, y las de los hombres por un hombre.

Los grupos de discusión se realizaron en Valencia durante los meses de septiembre y octubre de 2010, se transcribieron literalmente y fueron analizados posteriormente haciendo uso del programa Atlas.ti.

Análisis de los resultados: de ladrones de tiempo, maternidades ubicuas y cocriadores en proyecto

A continuación presentamos una tipología de representaciones con las que, hombres y mujeres participantes en nuestro estudio cualitativo, han urdido la imagen del *otro* y de *la otra* como corresponsable del cuidado de hijos e hijas menores. Imágenes que hemos identificado bajo los epítetos de ladrones de tiempo, maternidades ubicuas y cocriadores en proyecto.⁴

Ladrones de tiempo

El constructo que elaboran alrededor de la figura materna muchos de los padres que han participado en el estudio, es la de una madre a tiempo completo, capaz de estar pendiente de todo y en todo momento, con la capacidad y la sabiduría innata de anticiparse a las necesidades de las criaturas, de decidir lo que hay que hacer y lo que no procede. Una construcción simbólica ésta insertada en el ideal femineidad-maternidad presente en el imaginario social, en el arquetipo de la buena-madre reservado a las mujeres.

Por su parte, muchas de las mujeres no se ven reflejadas en esa identidad, sienten que es eso lo que esperan de ellas sus parejas —y la

⁴ Huelga decir que las imágenes que sirven a las representaciones del otro cuidador o de la otra cuidadora no son unívocas ni excluyentes. En primer lugar, lo que presentamos en estas líneas debe entenderse como una esquematización de arquetipos surgidos del análisis cualitativo, un ejercicio de deconstrucción simbólica a partir del discurso volcado en las dinámicas de los grupos de discusión, y que por lo tanto no tienen entidad en sí mismas, sino que operan como categorías analíticas. En segundo lugar, las metáforas que revisaremos aquí no se infieren de personas concretas, ni de parejas determinadas, sino de representaciones sociales sobre las posiciones que hombres y mujeres adoptan respecto al cuidado y sus tiempos, por lo tanto no nos referimos aquí a una tipología de clasificación de maternidades y paternidades, sino a tipos-ideales de relaciones entre hombres y mujeres respecto al reparto de los tiempos de crianza.

sociedad diríamos nosotras—, sin embargo, muchas no se sienten cómodas en ese posicionamiento tradicional de género. Las promesas de autorrealización volcadas en la maternidad no les son suficientes, por el contrario, reclaman tiempos para sí, tiempos que la crianza “en solitario” no contempla.

Desean darle una nueva forma a su posición de madres, retomando las riendas de su vida, aunque sea por momentos cortos, para recordarse que no sólo se han convertido en sujetos-cuidadores en intensidad. Con menor o mayor rubor, ponen en claro que como decía Simone de Beauvoir, el deseo femenino no es maternal, ni anti-maternal sino ambivalente, contradictorio, y señalan con el dedo a sus compañeros, copartícipes de una ideología que les corta las alas. Una representación del otro que en nuestro análisis hemos denominado metafóricamente como el ladrón de tiempo

Pero nada. No se sienten identificados con nada. Como si la niña sólo fuera las veinticuatro horas nuestra. Ellos pues sí, si me tienen que dar un biberón, por si tú no puedes cambiarla... Pero no, no, nosotros... Nuestra obligación parece que sea toda nuestra y eso tampoco... vamos. Que tienen tiempo, por lo menos los nuestros, tienen medio día. Pero bueno, parece que sea solo nuestra. (GM02: 19)

A priori cabe considerar que un reparto equitativo de los tiempos de cuidado permite tanto a hombres como a mujeres disponer de tiempos para sí. La crianza, aun el periodo de dedicación demandante que constituye los primeros meses de vida de las criaturas, no necesariamente resulta incompatible con otros escenarios ni actividades.

En una supuesta cultura igualitaria cabría esperar que tanto hombres como mujeres asumieran unos tiempos de crianza, compartidos o de alternancia, similares, no sólo a razón de una justificación democrática, sino como efecto coherente con la decisión tomada, en un momento dado, respecto el proyecto de parentalidad. Sin embargo, este reparto, como estamos viendo, no está adoptando todavía valencias asimilables, al menos en lo que se refiere a la crianza primera.

Los grupos de discusión sugieren que muchos hombres siguen compaginando el ejercicio de paternidad con espacios de esparcimiento,

que se siguen reservando un tiempo propio, al que ya hizo en su momento referencia Singly (2000), como oasis temporal aliviador. Efectivamente, los hombres no sienten haber perdido tanto espacio como las mujeres, más bien al contrario, insisten en la importancia de conservar “la vida de antes”, reclaman la necesidad de preservarse espacios “sin lloros, ni cacas”, como decía uno de los padres.

François Singly (1999: 2000) exponía tras una investigación sobre las representaciones de los tiempos, que el tiempo no acotado por la jornada laboral es percibido por los hombres como un tiempo para sí, y si este *tempus* es destinado a sí mismos, difícilmente puede estar orientado a satisfacer las necesidades de otros seres.

Yo es que... no sé vosotros, pero yo no puedo renunciar a la cervecita de la tarde con los amigos, es que en casa con todo eso... me agobio, en serio que me agobio, irme enseguida a casa... es peor ¿eh? Es peor, porque estoy de una mala leche... que hasta mi mujer me dice: “mira mejor no vengas, mejor quédate con ellos”, claro, porque ella lo ve, ella es que lo ve.

O el gimnasio... yo siempre he hecho mucho deporte, es que ahora no voy a pararlo así como así, ¿no? Acabas de trabajar hecho polvo, con broncas con tu jefe, con problemas con los clientes, con el agobio de la crisis... y ¿no puedes ni ir a machacarte? ¡Eso no puede ser! (GP2:14)

Ellos siguen trabajando, cosa que tú ya no haces. Yo en mi caso por las tardes yo iba muchas horas al gimnasio, todas las que podía. Ahora ya no voy ninguna, él sigue yendo toda la tarde.

Sí, sí. Eso está claro.

Sus hobbies los sigue haciendo.

Mi marido... sí.

Sus ratos libres los siguen teniendo, porque si algo hay que hacer con ella y tienes que quedarte, te quedas tú. Él es el que se va.

Sí.

Siguen trabajando, siguen... No sé, les cambia mucho menos [la vida]. (GM3: 27)

Desde nuestro punto de vista, que estos hombres crean tener más derecho que sus compañeras a ese tiempo de libre disposición, a un tiempo de despreocupación del cuidado, se enraíza directamente con la cosmología dicotómica de la segregación de los trabajos en el seno de la familia. Realizar la jornada laboral es cumplir con su trabajo, con su

tarea, es responder a la labor que les corresponde de proveedores de pan (por hacer referencia al término clásico *breadwinner*).

En otras palabras, a pesar de que todas las participantes en los grupos se definían como mujeres con un trabajo extra doméstico, esta posición, según expresaban, era obviada por sus parejas, que las resituaban simbólicamente en la posición tradicional de amas de casa. Es como si la llegada del bebé o de la bebé comportara una redefinición de posiciones, no sabemos si momentánea o definitiva, que lejos de moldear una nueva paternidad, resitúa la maternidad en tiempos pasados.

Nosotras por defecto no podemos... O sea, eso ya está claro, pero ellos no se dan cuenta hasta que les insistes mucho que... Que ya su vida no es la misma, que tienen a alguien que depende de ellos también.

Yo... Yo también estoy... Y eso que mi marido es bastante voluntarioso. O sea, que... tú le dices algo y él lo hace. Pero tengo que estar recordándoselo. Y el hecho de que él planificara sus vacaciones o sus cosas con sus amigos como si no hubiera niño... Y luego me lo dice... Y digo "Vale, pues..." Y le pregunto a veces: "¿Y quién se queda con el niño?" Claro ya sobrentiendes que voy a ser yo porque soy la que estoy siempre ahí pero... (GM4:12)

Las parejas de algunos de estos participantes explicaban sorprendidas cómo, durante el permiso de paternidad, estas mismas personas habían asumido las tareas de cuidado, de manera más o menos intensa, sin proponer estos desahogos. Otras mujeres, por su parte, decían que el que sus compañeros estuvieran en paro actualmente, devenía elemento justificativo para que asumieran el cuidado de las o los menores.

Parece que la esfera laboral continúa siendo el nicho fundamental del que se nutre la construcción identitaria de algunos hombres, aunque en la actualidad algunos pueden alternar su posición de acuerdo a las circunstancias: permiso de paternidad, paro, fines de semana, vacaciones, esfera reproductiva de tiempo compartido con la madre; jornada laboral, esfera productiva.

Sin embargo, lo que no parece todavía superado es ese esquema dualizador y desagregador patriarcal, la distinción entre el mundo doméstico y el mundo público se mantiene en cierta medida, y muchos

hombres se resisten todavía a compartir los tiempos de crianza. Como dice Raewyn Connell (1995), aquellos con posiciones dominantes buscan siempre estrategias para mantener sus situaciones aventajadas.

Cuando tuvimos al nene, cuando nació, él se quedó doce días en el nido. Y ahí sí que la verdad se volcó mucho y yo estuve muy bien, y le llevaba la leche congelada, la leche fresca todas las mañanas. Y él ahí participó apoyándome muchísimo. Pero ya cuando empezó a trabajar, pues... (GM1:4)

Porque claro el primer mes que... bueno, los primeros quince días que tienen de baja, sí. Está ahí contigo y tal... Pero una vez ya empieza a trabajar, como que ya...

Viene cansado.

Sí. Es otro mundo.

Dice “Es que tú no trabajas”. Y claro, pues “apáñate tú”.

(GM4: 34)

Ellas, por su parte, se ven apesadas por el tiempo, un tiempo de crianza sin lindes ni cotas. No saben cuándo se produjo el cambio que llevó a sus parejas a dejar de considerarlas como compañeras en salidas, gimnasios, viajes, cuándo se produjo el desmantelamiento de aquella solidaridad de pareja, del proyecto común, para convertirlas en las responsables intensivas de sus hijos e hijas.

Se sienten perplejas ante estos ladrones de tiempo, que no son sus criaturas sino sus *partenaires*, que se apropian de los respiros del tiempo “libre”, que se apoderan de los tiempos para sí que ellas anteriormente gozaban, tiempo que les propone el proceso de individualización. Ellas sienten que el tiempo de crianza que se les asigna es, por lo general y en mayor o menor medida, un cronos para otros/as en presencia y ausencia. Se espera que como mujeres participen de la crianza, que la orquesten y asuman, tanto en los momentos de coincidencia espacial, como en aquellos en los que ésta no se da.

Los hombres confían en que cuando la madre está presente, esté pendiente del o de la bebé, que es ella la que asume la posición de alerta ininterrumpida, que se arroga la toma de decisiones respecto a las necesidades de la criatura, descargando así en las mujeres el cuidado principal, en el que ellos participan de manera residual.

Un caso ilustrativo de todo ello es el de los despertares de las y los bebés por la noche, donde los llantos y gritos de las criaturas despiertan a las madres y son desoídos por los padres. Con el objetivo de darle forma a esta exculpación, tanto ellas como ellos suelen aludir a un impulso tipificadamente femenino, “una especie de chip preprogramado” dicen, que las lleva a responder adecuadamente. Se distingue de nuevo aquí la estela del instinto maternal.

Pero es... por ejemplo la tontería de que va a hacer el biberón. “¿Cuánto es de agua?” Y dices “Pero si lleva un mes tomando lo mismo. Lo tendrías que...” No sé, son cosas que... Sí, es mi hija. La quiero mucho pero el planificar sus cosas, no.

Pero ellos saben que siempre estamos nosotras para...

Es como eso, es como “no hace falta que yo me preocupe porque tú para las cosas importantes estás”. Y dices, “vale”. Pero claro eso pues te quita tiempo, te quita... Pues a lo mejor dices...(GM2: 19)

Mi marido decía, cuando teníamos el nene recién nacido, que pues eso, se pasaba toda la noche llorando y tal... Y yo decía, pero si es que sigue durmiendo como un lirón y encima luego me decía “Esta noche has roncado”. Digo “Pero si no oyes a tu hijo llorar, y me oyes a mí roncar...”

¡Ay! Qué fuerte. Eso me lo han dicho a mí, eso me lo han dicho a mí.

Y me decía: “Claro, es que vosotras tenéis la suerte de que las hormonas os hacen oír enseguida el bebé y nosotros no tenemos eso”. Y yo “Encima tienes el morro de decirme que es por las hormonas que yo me levanto...”. (GM4: 21)

De acuerdo a lo que refieren tanto hombres como mujeres, para los ladrones de tiempo, la no concurrencia de las mujeres con sus hijos e hijas no constituye motivo de desatención del cuidado. Por lo menos de su gestión, de su concertación. Un aspecto de la crianza, el del *management*, como lo llama Torns (2008), que resulta más sutil en las articulaciones del cuidado, y por lo tanto deviene elemento determinante en su reparto.

Y con mi marido igual. A veces... Ahora hemos hecho un pacto para que yo pueda llegar al gimnasio cuando él vuelve del trabajo. Pero... más de una vez me ha llamado corriendo “vente corriendo, que el niño no deja de llorar”. Yo, yo... Pues a ver, “comer ha comido...”

Tengo un margen de dos horas aunque sea”, digo “entre...” Digo “Si le acabo de dar pecho, intenta calmarlo tú, porque...” Pero él es que... Claro, él sabe que el niño con el pecho se calma enseguida, aunque no sea hambre.

Ya.

Entonces en cuanto... Tampoco lo intenta calmar demasiado, en cuanto ve que... que algo va mal, corriendo me llama, y hace dos semanas mandó a alguien a buscarme a la playa. Me había ido una horita a la playa y me mandó a un amigo a buscarme a la playa porque no aguantaba, porque el niño estaba llorando y no sabía qué hacer. (GM4: 10)

El escenario que se les presenta a estas mujeres cuyos tiempos les han sido arrebatados, no es nada alentador, y demuestran su malestar ante esta situación de desigualdad.

Maternidades ubicuas

La ubicuidad es un don que se les ha reconocido a algunos dioses y superhéroes, una virtud que despierta en nuestro interior anhelos y querencias, curiosidad y también cierto desasosiego, pues la posibilidad de estar en distintos sitios al mismo tiempo aflora en nuestro imaginario como un deseo inconfesable. Ahora bien, la potencialidad de esa habilidad de omnipresencia se ve mediada por contornos simbólicos y, como veremos, ideológicos, de los espacios donde metafóricamente nos ubicamos de forma simultánea. Parece que la capacidad de ubicuidad no resulta igual de apetecible en según qué contextos, ni igual de aceptable para según quién.

En este ejercicio de deconstrucción simbólica de las posiciones que adoptan hombres y mujeres en el reparto de los tiempos de crianza, llamamos maternidades ubicuas a aquellas proyecciones de relación donde la figura de la mujer-madre, apoyada en el presupuesto de que las madres son las proveedoras principales y no sustituibles de la crianza durante los primeros meses de vida de las criaturas, adopta, desde el punto de vista de algunos hombres, un carácter omnipresente en el cuidado de la prole que reduce a mínimos los márgenes de acción para el ejercicio de la parentalidad.

Algunos hombres están dando forma a nuevas posiciones de género, o se están adaptando a los papeles que la nueva familia demanda de ellos, estas nuevas expresiones pasan por el deseo de ejercer una paternidad activa, distanciada de anteriores modelos que les negaban sus capacidades en el cuidado de la prole.

Los beneficios asociados a la lactancia materna son hoy incuestionables en nuestro contexto. La Organización Mundial de la Salud reconoce que la lactancia materna aporta todos los nutrientes que necesita el o la bebé para un desarrollo sano, y que contiene anticuerpos que protegen al menor de algunas enfermedades, pero además la lactancia contribuye a fortalecer el vínculo madre-hijo.

Muchos de los padres participantes en los grupos de discusión interiorizan esta situación como una realidad normalizada, que madres y recién nacidos pasen juntos/as periodos dilatados de tiempo conlleva que estrechen sus relaciones de apego. Mientras que para algunos hombres este hecho se presenta como la disculpa incuestionable para desatender el cuidado de los y las bebés, otros consideran que la interacción continua a propósito de la lactancia, se ve traducida, por parte de sus compañeras, en un contacto ininterrumpido y no compartido que delimita considerablemente el tiempo de interacción padre-bebé.

Yo entiendo que Andrea esté muy contento con su mamá, y también sé que aparte de estar con él, también hay que limpiar, cocinar, comprar... lo que no estoy de acuerdo es que Miguel [él] sólo sea el que hace esas cosas y Tania [su compañera] la que disfrute de Andrea. Yo llego agotao' a casa, lavo platos, hago compra, pongo lavadoras... y mientras ella se ha ido a pasear con él por la mañana... que me parece perfecto ¿eh? Que no se va a quedar todo el día en casa, pero claro como lo tiene siempre encima, y... "déjame lo que le voy a dar teta", "Ay, es que está nervioso mejor lo cojo yo...", "Me lo llevo a pasear..." ¿Y yo cuándo? ¿Cuándo me toca a mí estar con él? ¡Sólo para cambiarle el pañal! A mí me toca lo peor. (GP03)

Dicen los hombres que muchas mujeres se resisten a separarse, si quiera unos cuantos minutos, de sus bebés

Pero yo mentalmente no estoy preparada. Yo separarme... Yo el lunes empiezo a trabajar y no... Y no sé cómo lo voy a poder llevar.

Porque separarme de ella... Ya por ejemplo hoy he ido al gine... No, hoy he ido a nadar, me he ido media horita. Y ya estaba en el vestuario, "me voy a vestir corriendo que la niña..." Y está con su padre, está bien cuidada, pero... tienes ahí ese... te sientes mal al separarte... Separarme de ella me... No sé, no puedo. Puedo entre comillas y no puedo. Me siento muy mal. Me veo una mala madre o algo, no sé. (GM2: 6)

En el trasfondo de este sentimiento figura ese ideal normativo que hace de las criaturas prolongaciones encarnadas de sus madres, pero también se halla en él una deslegitimación del padre como proveedor de cuidados. A veces, los empeños de los hombres en desarrollar nuevos posicionamientos relativos a la atención a sus bebés, se topan directamente con fortalezas construidas a propósito del reconocimiento de sus capacidades.

De esta manera, las madres ubicuas intentan evitar la separación con su prole, y en el caso que este distanciamiento sea obligatorio, procuran proveerse de los medios para estar presentes: llamadas telefónicas insistentes, uso de cámaras para "comprobar" que todo anda bien, elaboración de listas con los pasos a seguir... estrategias para asegurar su ubicuidad.

Es que todavía no ha llegado a la esquina y ya me está llamando, tú, es que es demasiao', es demasiao'... y yo "que está bien, que está bien..." le digo que me voy a grabar y le voy a poner mi voz de contestador para cuando llame: "Cristina está bien, no ha llorado, ha hecho pipi y está fenomenal."

[Risas]

Te lo digo de verdad, es que es demasiao', un día se lo voy a hacer, ya verás, ya... (GP1:18)

El caso extremo es el de buscar una madre alternativa, una figura que sustituya a la figura maternal y que cumpla su rol, por supuesto una mujer, normalmente la madre propia o la suegra a quién sí se confía el cuidado, que en ausencia de la madre real asumirá el control y atenderá a la(s) criatura(s).

La primera semana... Claro al trabajar de noche, yo no me puedo quedar con la nena por la noche. Entonces una semana está con mi madre y otra con mi suegra. Así las dos abuelas tienen a la nieta. (GM1:18)

No es que las mujeres crean que sus hijos o hijas corren un verdadero peligro en manos de sus padres. Nadie habla de situaciones de negligencia o desidia, de lo que no están seguras estas madres es que sus compañeros atiendan a sus hijos como se les debe atender. Esto es, la potencialidad simbólica de la maternidad ubicua reside en que descansa sobre narrativas del buen cuidado, de la forma correcta de atender a los niños y niñas.

Unas madres en quien generalmente, recordemos, se deposita desde los inicios la gobernanza y la dirección que debe tomar la crianza, y que gestan y dan forma, a lo largo de los meses, a esquemas preceptivos que recogen respuestas tipificadas y rutinas sobre el “buen cuidado”; una maleta de herramientas que, nutrida por narrativas ontológicas y públicas (expertas y legas), contiene respuestas tanto para atender enfermedades como cuestiones más cotidianas como la vestimenta o los horarios de baño.

El alcance de estos esquemas no se circunscribe a la definición de las relaciones de cuidado entre madre e hijos/as, sino que rige toda actividad de cuidado relacionada con los y las pequeñas.

Yo cuando ella hace algo mal tampoco digo nada. Tampoco llevo tanto tiempo y puedo cometer algún error. Se creen que ellas lo hacen perfecto. (GP1: 30)

Pero claro es eso, te lo dejan toda la tarde y tal y dices “pues mira, voy a vestirlo y me lo llevo a la calle” y ella “¿ahora, ahora? Pero si le toca no sé qué dentro de media hora” ¡Y qué más da! Pues bajo a la calle y en vez de en media hora tomará 35, que más dan 5 minutos. Mientras el nano esté bien, yo siempre pienso igual. Mientras esté bien, se lo pase bien y aguante. Cuando ves que está un poco así, que se frota los ojos, ya dices “ya”. Ya sabes que le toca la comida o el baño o tiene sueño y tal. Yo en mi caso soy un poco más tranquilo y tampoco hay que estresarse. (GP2: 15)

Yo no me fío de dejárselo a él, me sabe mal pero no, no lo dejo porque sé que me lo voy a encontrar con el pañal al revés o sin bañar.

Yo tampoco la dejo, yo tampoco, porque es que no sabe, no sabe. (GM5: 28)

Cuando esta guía implícita de la crianza no ha sido compartida por los miembros de la pareja, ni consensuada, ni negociada, ni siquiera puesta encima de la mesa, son muy probables los conflictos. Efectivamen-

te, hay algunos padres que quieren poner en práctica sus propias pautas, que ponen en entredicho la intransigencia de sus parejas, que plantean propuestas alternativas. Sin embargo, la celosía con la que defienden las mujeres sus preceptos sobre la crianza infantil, parece más el reflejo del deseo de seguir manteniendo el control en esa parcela, un control que nos recuerda ese papel de agente de moralización social que detentaban las “amas de casa” de la familia moderna (Izquierdo, 1999).

Cocriadores y cocriadoras en proyecto

La distribución de los tiempos de la primera crianza entre los miembros de la pareja no es, en casi ningún caso, totalmente equitativa, según han reconocido las y los participantes en los grupos de discusión. No obstante, en nuestro análisis cualitativo hemos podido identificar posiciones discursivas que, si no se inscriben en un reparto paritario, sí se aproximan a él como horizonte cercano.

Yo en mi casa sí que me intento partir. Por ejemplo cuando se despertaba por la noche, cada día se levantaba uno. Y porque le doy el biberón que lo hace él e intento si... O ahora por la mañana a las ocho, cada día se levanta uno. Porque yo también estoy cansada y también tengo sueño. Lo que pasa es que sí que es verdad lo que dice ella. Que hay veces que no piensa más allá de... a ver si lo puedo dejar o a ver si... ¿sabes? [...]En este sitio fuman, no lo quiero entrar. Lo mismo me pasa a mí. Eso, él no piensa más allá pero sí que se ocupa de él, yo creo que al cincuenta por cien. (GM2: 19)

Se trata de discursos que contemplan la crianza como proyecto común. Esta aceptación que parece una premisa obvia de la crianza en pareja, se hace visible a través de un aspecto que resulta ausente en otras posiciones analizadas, este es, las posiciones que hemos llamado cocrianzas en proyecto contemplan el diálogo, la negociación, en definitiva, la explicitación de las propias disposiciones respecto a los tiempos de cuidado en las dinámicas cotidianas.

Hombre tienes que organizarte mejor.
Sobre todo con tu pareja también. Tiene que haber una com-
penetración.

Tienes que planificar más. A lo mejor antes no planificabas.
Antes cada uno iba a su bola en el tiempo que tenía libre, ahora tienes que preguntarle a la pareja a ver... (Risas). Lo que tiene que hacer... a ver si se puede quedar con la chiquilla o no. (GP3: 6)

Las cocrianzas en proyecto constituyen posturas que hablan desde el “nosotros” y no desde el yo/él o el yo/ella. Una forma personal que no responde a un mandato de corrección, sino que atesora la paulatina disolución entre las fronteras tácitas entre la cuidadora principal y el cuidador secundario, o incluso auxiliar.

Es decir, que se haga referencia a la distribución de los tiempos de atención a las y los menores como proyecto común, apunta a una cierta reflexividad para con los *tempus* en la que el cuidado pasaría a ser aceptado por ambos miembros de la pareja como responsabilidad y compromiso propio, tanto individual, esto es, del padre para con sus hijos/as y de la madre para con sus hijos/as, como familiar. En estas articulaciones de las narrativas ontológicas de la crianza, detenta un papel determinante el reconocimiento, no sólo de la dimensión emocional del cuidado, sino también de su dimensión material.

Que a veces no lo dejamos pensando que somos necesarias para él. Yo creo que el contacto con su padre, con la familia, a él le enriquece. Luego si estamos delante nosotras, ellos no se comportan igual con él. O sea, si yo lo dejo... Si yo se lo dejo y estoy yo, ellos no se comportan igual. Y él ha de tener libertad para hacer lo que quiera con el nano. Entonces, él disfruta más de él y él de su padre. Entonces, al final el prejuicio lo tenemos nosotras que nos creemos que somos imprescindibles para él. (GM2: 7)

La crianza compartida es también crianza negociada porque contempla espacios de tiempo, tanto para ellas como para ellos, donde la atención a la(s) criatura(s) puede relajarse, esto es, se pone en valor el tiempo para sí, pero ahora ese sí es tanto propio de las mujeres como de los hombres. La cocrianza se inscribe en un proyecto de familia post-patriarcal donde los cronos dejan de regirse por el valor y el significado otorgado al tiempo masculino, para poner en el centro de la organización familiar el tiempo de cuidados.

Pero yo sí que he de decir que mi marido sí que ha vivido la paternidad. O bueno, la está viviendo muy intensamente. Él participa muchísimo de... De las labores de la casa el primer mes se encargaba él absolutamente de todo. De limpiar, de comprar...

Madre mía, qué suerte.

Y... en ningún momento se ha quejado de... de la niña, ni de llorar. Porque el primer mes también tuvo... Bueno, no sabíamos si eran cólicos o qué era, pero lloraba, veinte horas al día. Y... Y muy bien, con mucha paciencia y... estos cuatro meses con mucha ayuda por su parte que también, pues eso. Que viene muy bien a la hora de... tú también hacer tu vida. Yo he podido salir con amigas a cenar, se lo he dejado tranquilamente. (GM5: 37)

Sin embargo, sería ingenuo pensar que todas estas negociaciones se dan en un marco ordenado, sin aristas; todo lo contrario, las cocrianzas se ven hoy sumergidas en mares de inseguridad, de contradicciones y sobre todo, de conflictos. La construcción de nuevas relaciones de género que pretenden eludir los roles tradicionales y los repartos generizados de éstos, no promete ser tarea sencilla.

Como decía Brullet (1997), la llegada del primer hijo hace aflorar las pautas de género en las cuales fuimos socializadas y socializados, que son recreadas en el proceso de articulación de las identidades parentales, por tanto, muchas de las parejas se ven en la tesitura de problematizar estas pautas con el objetivo de darle forma a sus propios proyectos de “llegar a ser madres” y “llegar a ser padres”, esto conlleva muchas inseguridades y sobre todo no pocas resistencias.

Las cocrianzas son crianzas en proyecto, porque están en proceso de cimentación, de ensamblaje, de aprendizaje de una distribución de los tiempos de cuidado que no atienden a adscripciones genéricas, sino a deontologías individuales o necesidades familiares, un aprendizaje en el que unas y otros deben ejercitarse en la renuncia y también en el compromiso.

Pero la verdad es que está siendo complicado, no es camino de rosas... es reencontrarte, es volverte a hacer como pareja, es ahora ver cómo nos organizamos, hoy tú, mañana yo, y seguir andando... ¿No? En esta nueva vida, en esto que estamos... pero ¿fácil?, no, no, no fácil no es, fácil no. (GP3: 43)

Conclusiones

Desde el momento en que la autoridad maternal y la autonomía de las mujeres cuentan también con un espacio propio en el contrato familiar, se esperaría que la crianza implicase una negociación constante entre sus responsables adultos. Hombres y mujeres se verían posicionados en el centro neurálgico de acuerdos, divergencias, conflictos y diálogos a propósito de quién y qué actividades del cuidado se asumen, y sobre todo en qué tiempos y en detrimento de qué espacios.

En la Segunda Modernidad, el proyecto de individualización y el declive del patriarcado abonarían un terreno que se prevé, *a priori*, fértil para propiciar una distribución igualitaria de los tiempos de cuidado en las familias. En la Segunda Modernidad, se esperaría que la crianza se embebiese de reflexividad.

Sin embargo, como ya hemos adelantado, ni los Estados, ni los mercados, ni los contratos familiares desisten en desembarazarse de una representación feminizada del cuidado que reserva a las mujeres una asunción de la crianza de tiempos intensivos. En este estudio hemos querido profundizar en las relaciones de género para con la asunción del cuidado a través del universo simbólico con el que hombres y mujeres, padres y madres de niños/as menores de seis meses construyen el cuidado, sus tiempos y sus repartos en el seno de las familias.

Hemos colocado el tiempo de crianza en el centro neurálgico de la indagación y de la discusión, porque entendemos que el cuidado merece tiempos dilatados que no pueden ser menospreciados y que, analíticamente, no se agotan en los enfoques tradicionales que se fijan en las actividades, en las tareas desarrolladas en la provisión de la atención que dedican las personas adultas a las y los menores.

Como conclusión de esta investigación exploratoria, podemos decir que la familia contemporánea valenciana conserva modalidades de relación entre hombres y mujeres respecto a la crianza que se aproximan a los modelos tradicionales de corte patriarcal, en que el cuidado es entendido como tarea femenina, y donde las mujeres se apropiaban del control de la domesticidad como único bastión para ejercer poder social.

Desde nuestro punto de vista, en las raíces de esa segregación genérica descansan todavía cosmovisiones sobre el cuidado ancladas a modelos tradicionales, en las cuales el mito de la mujer-naturalizada sigue jugando un papel central. Sin embargo, cabe advertir que muchas mujeres cuestionan hoy ciertas distribuciones del tiempo que no les reservan espacios para sí mismas, tiempos que necesitan y reclaman como derecho propio, tiempos que quieren dedicar a su propio proyecto de individualización y que no necesariamente contempla una dedicación exclusiva a las otras y los otros.

Por su parte, aunque todavía minoritarias, se escuchan también voces masculinas que se acercan a la paternidad desde una postura de disfrute, un interés que no está reñido con un posicionamiento de compromiso adquirido con las y los pequeños. Las relaciones de cocrianza, donde hombres y mujeres ajustan, dialogan y asumen cooperativamente los tiempos y las actividades asociadas al cuidado de menores se abren camino lentamente, mucho más pausadamente de lo que cabría esperar en los escenarios de la familia actual.

Un camino que no está exento de contradicciones, crisis y conflictos, y donde la línea en el horizonte parece estar en aprender a construir o mejor, a reconstruir, un proyecto de relación entre dos adultos que, con la crianza, demanda ser redefinido, reajustado, con el objetivo de que tanto hombres como mujeres sean capaces de compatibilizar el cuidado de sus hijos e hijas con sus proyecciones biográficas. Sin obviar que, como señalaba un participante de uno de los grupos de discusión, “¿Fácil? No, no fácil no es.”

Referencias bibliográficas

- Aguilera, R. (2007). Los derechos de conciliación de la vida personal, familiar y laboral en la Ley Orgánica para la igualdad efectiva de mujeres y hombres. En: *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*. Número extraordinario, igualdad efectiva de mujeres y hombres pp. 69-118
- Beck, U. y Beck-Gersheim, E. (2003). *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*. Barcelona: Paidós.
- Brullet, C. y i Roca, C. (2008). Tenir cura dels fills. Temps, estratègies, xarxes socials i polítiques de suport a la crianza. En: Cristina Brullet, i Gómez-Granell, Carme (coords.). *III Informe CIIMU 2008 sobre l'estat de la infància i les famílies. Volum I Malestars, infància, adolescència i famílies*. Barcelona: CIIMU.
- Carrasco, C. (2009). Dependència i cura: una realitat inevitable. En Cristina Brullet (coord.). *Temps i cura. La corresponsabilitat social de la cura a la vida quotidiana*. Barcelona: Generalitat de Catalunya.
- Connell, R. (1990). The State, gender, and sexual politics: Theory and appraisal. En *Theory and society*, 19 (5), pp. 507-544.
- Connell, R. (1995). *Masculinities*. Cambridge: Polity Press.
- Connell, R. (2009). *Gender. Short introductions*. Cambridge: Polity Press.
- Durán H. y María, Á. (2010). *Tiempo de vida y tiempo de trabajo*. Bilbao: BBVA.
- Finch, J. y Groves, D. (1983). *A Labour of Love: Women, work and caring*. London: Routledge/Thoemms Press.
- Flaquer, L. (2001). La individualización de la vida privada en el mundo actual. En *Anàlisi* 26, pp. 89-102.
- Flaquer, L. (1999). *La estrella menguante del padre*. Barcelona: Ariel.
- Izquierdo, M. J. (1999). Democracia familiar y cuidado de las criaturas. En: VVAA *El món laboral, la vida domèstica i la criança dels fills*. Lleida: Edicions de la Universitat de Lleida.
- Lamas, M. (1986). La antropología feminista y la categoría 'género'. En: *Nueva antropología*, 8 (30), pp. 173-198.
- Létablier, M.T. (2007). El trabajo de "cuidados" y su conceptualización en Europa. En: Carlos Prieto (ed). *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid/Barcelona: Editorial Complutense/Hacer editorial.
- Pérez, A. (2006). Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. En *Revista de economía crítica*, no. 5. Marzo, 2006, pp 7-37.
- Singly, F. (1999). Le care familial. Une construction sociologique des temps maternel et paternel. En : *Gender and the use of time*. La Haya: Kluwer Law International.
- Singly, F. (2000). *Le soi, le couple et la famille*. Paris: Nathan.
- Torns, T. (2007). El tiempo de trabajo y las relaciones de género: las dificultades de un cambio ineludible. En: Carlos Prieto (ed.) *Trabajo, género y tiempo social*. Madrid/Barcelona: Editorial Complutense/ Editorial Hacer.

- Torns, T. (2008, enero-junio). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. En: *EMPIRIA Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 15, pp. 53-73.
- Torns, T. (2011, diciembre). Conciliación de la vida laboral y familiar o corresponsabilidad: ¿El mismo discurso? En *RIDEG Revista Interdisciplinar de Estudios de Género. Familia y trabajo en la universidad ¿Conciliación o corresponsabilidad?* 1, pp. 5-13.

Arantxa Grau i Muñoz

Española. Doctora en pedagogía por la Universidad de Valencia. Actualmente combina su trabajo como consultora externa en investigación social, con la docencia universitaria en el departamento de sociología y antropología social de la Universidad de Valencia. Sus líneas de investigación se inscriben en los campos de la sociología de la salud y la sociología de la familia en las que se posiciona en una perspectiva feminista y de género. Correo electrónico: arantxa.grau@uv.es

Recepción: 16/08/13
Aprobación: 25/10/13



Fotografía de Massiel Hernández García.